



# SEIS GRULLAS

ELIZABETH LIM

DESTINO



SEIS  
GRULLAS

ELIZABETH LIM

DESTINO



# LOR'



ALDEA DE TIANYI

POSADA DEL GORRIÓN

CASTILLO DE BUSHIAN

ESTRECHO DEL MAR DEL NORTE

MAR DEL OESTE

IRO

MONTAÑA DEL CONEJO

RIO BAIYUN

BOSQUE ZHENSA

MONTAÑAS SAGRADAS DE LA FORTALEZA

CINDARA

REINO DE KIATA

BOSQUE CAILAN

POBLADO YAMAN

PALACIO IMPERIAL

A'LANDI

OCÉANO CUIYAN

LAGO PADUAN

ISLAS OLVIDADAS DE LAPZUR



YAN

MAR DE TAIJIN

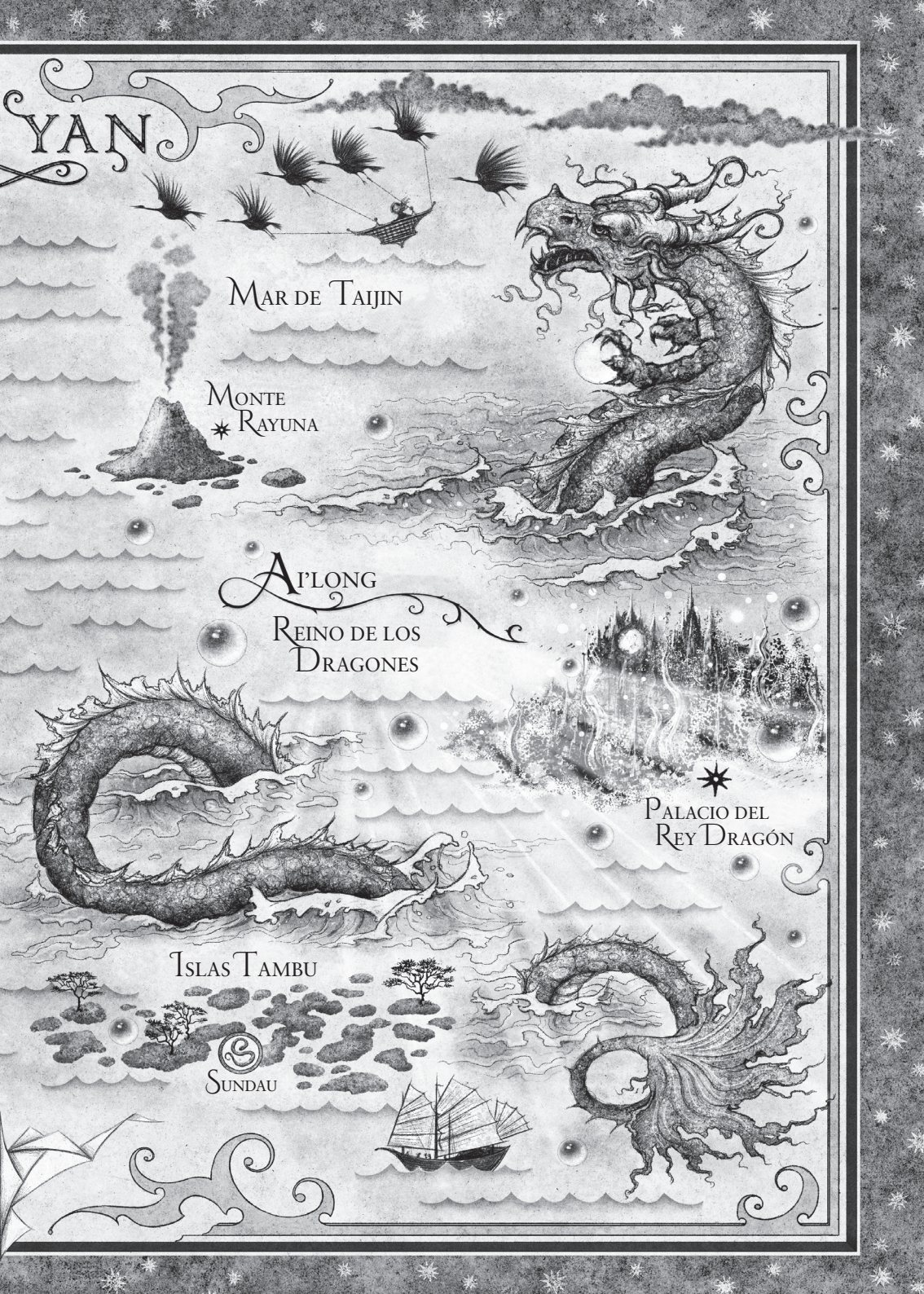
MONTE  
\* RAYUNA

A'PLONG  
REINO DE LOS  
DRAGONES

\*  
PALACIO DEL  
REY DRAGÓN

ISLAS TAMBU

Ⓢ  
SUNDAU





## CAPÍTULO 1

El fondo del lago sabía a barro, sal y arrepentimiento. El agua era tan densa que mantener los ojos abiertos era una agonía, pero gracias a los dioses que lo hice. Si no, me hubiese perdido de ver al dragón.

Era más pequeño de lo que había imaginado. Del tamaño de un bote de remos, con brillantes ojos de rubí y escamas verdes como el jade más puro. No se parecía en nada a las bestias del tamaño de una aldea que contaban las leyendas que eran los dragones, tan grandes como para tragar barcos de guerra enteros.

Se acercó nadando hasta que sus redondos ojos rojos estuvieron tan cerca que reflejaron los míos.

Estaba observando cómo me ahogaba.

—Ayuda —le supliqué. Se me agotaba el aire y apenas me quedaba un segundo de vida, antes de que mi mundo se plegara sobre sí mismo.

El dragón me miró, levantando la ceja plumosa. Por un instante, me atreví a esperar que me ayudara. Pero rodeó mi cuello con la cola, quitándome el último aliento. Y todo se volvió oscuro.





Mirando en retrospectiva, sin duda no debí haberles comentado a mis criadas que iba a saltar al lago Sagrado. Solo lo dije porque el calor de esa mañana era insufrible —hasta los arbustos de crisantemos se habían marchitado—, y los pájaros que volaban por encima de los árboles de cítricos estaban demasiado acalorados para cantar. Sin mencionar que sumergirme en el lago parecía una opción perfectamente sensata para no tener que asistir a mi ceremonia de compromiso o, como me gustaba llamarla, el lúgubre fin de mi futuro.

Por desgracia, mis sirvientas me creyeron, y la noticia llegó muy rápido a oídos de Padre. En cuestión de minutos, envió a uno de mis hermanos a buscarme, junto a un séquito de guardias de rostro severo.

Así que aquí estaba yo, siendo conducida a través de los pasillos del palacio, en el día más caluroso del año. Hacia el fin de mi futuro.

Mientras seguía a mi hermano por otro pasillo bañado por el sol, jugaba con mi manga, fingiendo que cubría un bostezo mientras me asomaba al interior.

—Deja de bostezar —me reprendió Hasho.

Dejé caer el brazo y volví a bostezar.

—Si los suelto todos ahora, no tendré que hacerlo delante de Padre.

—Shiori...

—Prueba que te despierten al amanecer para que te cepillen el pelo mil veces —contesté—. Intenta caminar con tanta seda

encima. —Levanté los brazos, pero las mangas me pesaban tanto que apenas podía mantenerlas levantadas—. Mira todas estas capas, podría equipar un barco con velas suficientes para cruzar el mar.

El rastro de una sonrisa tocó la boca de Hasho.

—Los dioses están escuchando, querida hermana. Si sigues quejándote así, tu prometido tendrá una marca de viruela por cada vez que les faltes al honor.

Mi prometido. Cualquier mención de él me entraba por un oído y me salía por el otro, mientras mi mente se desviaba hacia pensamientos más agradables, como engatusar al cocinero del palacio para que me diera su receta de pasta de porotos colorados, o mejor aún, embarcarse en un navío y viajar por el mar de Taijin.

Al ser la única hija del emperador, nunca se me había permitido ir a ningún sitio y, menos aún, viajar fuera de Gindara, la capital. En un año, sería demasiado vieja para una escapada así. Y demasiado casada.

La indignación que me generaba me hizo suspirar en voz alta.

—Entonces estoy condenada, será horrible.

Mi hermano se rio y me empujó hacia delante.

—Vamos, no te quejes más. Ya casi llegamos.

Puse los ojos en blanco. Hasho empezaba a sonar como si tuviera setenta años, no diecisiete. De mis seis hermanos, él era el que más me gustaba: era el único con un ingenio tan agudo como el mío. Pero desde que empezó a tomarse tan en serio lo de ser príncipe y a malgastar ese ingenio en partidas de ajedrez en lugar de travesuras, había ciertas cosas que ya no podía contarle.

Como lo que guardaba dentro de mi manga.

Un cosquilleo subió por mi brazo y me rasqué el codo. Solo para estar segura, pellizqué la amplia abertura de mi manga cerrada. Si Hasho supiera de lo que escondía bajo sus pliegues, yo no viviría para contarle.

Ni él ni Padre me dejarían vivir.

—Shiori —susurró Hasho—. ¿Qué le pasa a tu vestido?

—Pensé que manché la seda —mentí, fingiendo frotar una mancha en la manga—. Hoy hace mucho calor. —Hice ademán de mirar las montañas y el lago—. ¿No te gustaría que estuviéramos fuera nadando en lugar de ir a una ceremonia aburrida?

Hasho me miró con desconfianza.

—Shiori, no cambies de tema.

Incliné la cabeza, haciendo lo posible por parecer arrepentida, y me ajusté la manga con disimulo.

—Tienes razón, Hermano. Es hora de que crezca. Gracias por... por... —Otro cosquilleo me rozó el brazo y me di una palmada en el codo para amortiguar el sonido. Mi secreto estaba cada vez más inquieto y hacía que la tela de mi túnica se ondulara—. Por acompañarme a conocer a mi prometido. —Terminé de hablar rápido.

Me apresuré a dirigirme a la sala de audiencias, pero Hasho me tomó de la manga, la levantó en alto y la sacudió con fuerza. Salió disparado un pájaro de papel tan pequeño como una libélula e igual de rápido. Desde lejos, parecía un gorrión, con un punto rojo tinta en la cabeza, y revoloteó desde mi brazo hasta la cabeza de mi hermano, batiendo salvaje sus delgadas alas mientras se cernía frente a su cara.

Hasho se quedó boquiabierto, y los ojos se le abrieron de par en par.



—¡Kiki! —susurré con urgencia, abriendo la manga—. ¡Vuelve adentro!

Kiki no obedeció. Se posó en la nariz de Hasho y la acarició con un ala para demostrarle su afecto. Mis hombros se relajaron; a los animales siempre les gustaba Hasho, y estaba segura de que Kiki le encantaría como me había encantado a mí.

Entonces mi hermano se llevó las manos a la cara para atraparla.

—¡No le hagas daño! —grité.

Kiki voló, evitando por poco sus garras. Rebotó contra los postigos de madera de las ventanas, buscando una que estuviera abierta mientras se alejaba cada vez más por el pasillo.

Empecé a perseguirla, pero Hasho me agarró, sujetándome hasta que mis zapatillas patinaron contra la madera susurrante.

—Déjala —me dijo al oído—. Hablaremos de esto más tarde.

Los guardias abrieron de golpe las puertas, y uno de los ministros de Padre me anunció:

—La princesa Shiori'anma, la más pequeña, la única hija del emperador Hanriyu y la difunta emperatriz.

En el interior, mi padre y su consorte, mi madrastra, estaban sentados a la cabeza de la cavernosa cámara. El aire zumbaba con impaciencia, los cortesanos doblaban y volvían a doblar sus pañuelos húmedos para limpiarse las sienes transpiradas. Vi las espaldas de lord Bushian y su hijo, mi prometido, arrodillados ante el emperador. Solo mi madrastra se fijó en mí, congelada en el umbral. Inclino la cabeza hacia un costado, y sus pálidos ojos se clavaron en los míos.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Tuve el repentino temor de que, si seguía adelante con la ceremonia, me volvería como ella:

fría, triste y solitaria. Peor aún, si no encontraba a Kiki, alguien más podría hacerlo, y mi secreto llegaría a papá...

Mi secreto: que le había insuflado vida a un pájaro de papel con magia.

Magia prohibida.

Me alejé de las puertas y empujé a Hasho, que estaba demasiado asustado para detenerme.

—¡Princesa Shiori! —gritaron los guardias—. ¡Princesa!

Me despojé de mi chaqueta ceremonial mientras corría tras Kiki. Los bordados pesaban tanto como la armadura de un centinela, y liberar mis hombros y brazos de su peso fue como si me salieran alas. Dejé el charco de seda en medio del vestíbulo y salté por una ventana al jardín.

El resplandor del sol era fuerte, y entrecerré los ojos para no perder de vista a Kiki. Atravesó el huerto de cerezos y pasó por delante de los cítricos, donde su frenético vuelo hizo que los milanos estallaran desde las ramas.

Tenía la intención de dejar a Kiki en mi habitación, escondida en un joyero, pero había batido las alas y golpeado contra su prisión con tanta fuerza que temí que un sirviente la encontrara mientras yo estaba en la ceremonia.

*Mejor tenerla conmigo*, había pensado.

—¿Prometes ser buena? —le había preguntado.

Kiki movió la cabeza, lo que había tomado como un sí.

No era así.

Que me llevaran los diablos, ¡tenía que ser la más idiota de Kiata!

Pero no me culparía por tener corazón, incluso para un pájaro de papel.

Kiki era *mi* pájaro de papel. Con mis hermanos cada vez más mayores y siempre ocupados con sus deberes de príncipe, me había sentido sola. Pero Kiki me escuchaba y guardaba mis secretos, y me hacía reír. Cada día estaba más viva, era mi amiga.

Tenía que recuperarla.

Mi pájaro de papel aterrizó en medio del lago Sagrado, flotando en sus aguas tranquilas con una calma imperturbable, como si no hubiera trastocado toda mi mañana.

Cuando llegué a ella ya estaba jadeando. Incluso sin la capa exterior, mi vestido era tan pesado que apenas podía recuperar el aliento.

—¡Kiki! —exclamé mientras lanzaba un guijarro al agua para llamar su atención, pero ella se limitó a flotar más lejos—. No es el momento de jugar.

¿Qué iba a hacer? Si se descubría que tenía talento para la magia, por pequeño que fuera, me expulsarían de Kiata para siempre, un destino mucho peor que tener que casarme con un lord sin rostro de tercera categoría.

Apresurándome, me quité las zapatillas, sin molestarme en despojarme de la túnica.

Me lancé al lago.

Para ser una chica obligada a quedarse en casa practicando caligrafía y tocando la cítara, era una gran nadadora. Tenía que agradecerse a mis hermanos; antes de que crecieran, solíamos escabullirnos a este mismo lago para bañarnos en las tardes de verano. Conocía estas aguas.

Pateé hacia Kiki, con el calor del sol que me picaba en la espalda, pero ella se hundía más en el agua. Los pliegues de mi vestido me envolvían con fuerza, y las faldas se me pegaban a las piernas



cada vez que pataleaba. Empecé a cansarme, y el cielo se desvaneció mientras el lago tiraba de mí para sumergirme.

Me ahogué y luché por salir a la superficie. Cuanto más luchaba, más rápido me hundía. Los espirales de mi largo pelo negro flotaban a mi alrededor como una tormenta. El terror se apoderó de mis entrañas, y me ardió la garganta, con el pulso retumbando locamente en mis oídos.

Desabroché el ceñidor dorado que cubría mi túnica y tiré de mis faldas, pero su peso me hizo bajar y bajar, hasta que el sol no fue más que una tenue perla de luz que brillaba muy por encima de mí.

Finalmente, me liberé de las faldas y me impulsé hacia arriba, pero estaba muy abajo. No había forma de volver a la superficie antes de quedarme sin aliento.

Iba a morir.

Pateando furiosamente, luché por conseguir aire, pero fue inútil. Intenté que no cundiera el pánico. El pánico solo haría que me hundiera más rápido. Lord Sharima'en, el dios de la muerte, venía por mí. Adormecería el ardor de mis músculos y el dolor que se hinchaba en mi garganta. Mi sangre comenzó a helarse, los párpados comenzaron a cerrarseme.

Fue entonces cuando vi al dragón.

Al principio pensé que era una serpiente. Nadie había visto un dragón en siglos, y desde lejos, parecía una de las mascotas de mi madrastra. Al menos hasta que vi las garras.

Se deslizó hacia mí, acercándose tanto que podría haberle tocado los bigotes, largos y finos como pinceladas de plata. Tenía la mano extendida, y sobre su palma, apretada entre dos garras, estaba Kiki.

Por un instante, cobré vida. Pateé, tratando de alcanzarlo. Pero no me quedaban fuerzas. Estaba sin aliento. Mi mundo se encogía, todo el color se desvanecía.

Con un brillo travieso en los ojos, el dragón cerró la mano. Su cola me envolvió por detrás y me rodeó el cuello.

Y mi corazón latió por última vez.